

Cómo vivimos y  
cómo podríamos vivir  
*seguido de*  
El arte bajo la plutocracia  
*y de*  
Trabajo útil o esfuerzo inútil

WILLIAM MORRIS

# Índice

William Morris: la técnica, la belleza y la revolución .....	7
Cómo vivimos y cómo podríamos vivir .....	43
El arte bajo la plutocracia .....	89
Trabajo útil o esfuerzo inútil .....	141



Cómo vivimos y  
cómo podríamos vivir

WILLIAM MORRIS

Conferencia pronunciada ante la Asociación de la Federación Democrática de Hammersmith en Kelmscott House, el 30 de noviembre de 1884. Publicada por primera vez en *Commonweal*, 1887.

LA PALABRA «REVOLUCIÓN», QUE tan a menudo nos vemos obligados a emplear los socialistas, suena terrible a oídos de la mayoría de la gente, aun tras haberles explicado que no significa necesariamente un cambio acompañado por toda clase de tumultos y de violencias y menos aún un cambio efectuado mecánicamente y en contra de la opinión por un grupo de hombres que de un modo u otro se las hubiesen arreglado para hacerse momentáneamente con el poder ejecutivo. Incluso al explicar que empleamos la palabra revolución en su sentido etimológico y que esta implica un cambio en la base de la sociedad, la gente se asusta ante la idea de tan vasto cambio e implora que se le hable de reforma y no de revolución. Como, a pesar de todo, los socialistas no entendemos lo mismo con nuestra palabra revolución que esa buena gente con la palabra «reforma», no puedo dejar de pensar que sería erróneo emplearla, cualesquiera que fuesen los proyectos que pudiéramos ocultar bajo tan inofensivo envoltorio. Así

que permaneceremos fieles a nuestra palabra, que significa un cambio en la base de la sociedad; quizá asuste a la gente, pero al menos les advertirá de que hay de qué asustarse y que no será menos peligroso porque se ignore; además, quizá dé ánimos a otras gentes y, para ellas al menos, no signifique terror, sino esperanza.

Temor y esperanza, he aquí los nombres de las dos grandes pasiones que rigen al género humano y con las que los revolucionarios han de lidiar: infundir esperanza a la mayoría oprimida y temor a la minoría opresora, este es nuestro cometido. Si hacemos lo primero e infundimos esperanza a la mayoría, la minoría habrá de temer esa esperanza; no queremos asustarlos de otro modo: no es venganza lo que queremos para los pobres, sino felicidad; porque en efecto, ¿qué venganza podría tomarse por tantos miles de años de sufrimientos de los pobres?

Sin embargo, muchos de los opresores de los pobres, la mayoría diríamos, no son conscientes de serlo (y enseguida veremos por qué). Viven de un modo ordenado y tranquilo, muy lejos de sentir lo que sentía el propietario de esclavos romano o un Simon Legree.<sup>1</sup> Saben que los pobres existen, pero sus

---

1 Tratante de esclavos que aparece en la novela de Harriet Beecher-Stowe, *La cabaña del tío Tom* (N. del t.).

sufrimientos no se les hacen presentes de un modo incisivo y dramático. Ellos mismos tienen males que soportar, y sin duda piensan que soportar males es la suerte común de la humanidad; tampoco tienen medios de comparar los males de sus vidas con los de quienes están por debajo de ellos en la escala social; y si acaso alguna vez irrumpe en su conciencia el pensamiento de esas cargas más pesadas, se consuelan con la máxima de que la gente se acostumbra a los males que le toca soportar, sean cuales fueren.

Y en efecto, al menos en lo que atañe a los individuos, esa es una gran verdad, y por ello los primeros en apoyar el actual estado de cosas por malo que este sea son esos opresores cómodos e inconscientes que piensan que han de temerle todo de cualquier cambio que implicase algo más que la más leve y gradual de las reformas, y en segundo lugar, aquella gente pobre que, viviendo tan precaria y angustiosamente como viven, apenas puede concebir que se produzca algún cambio en su beneficio y no osa arriesgar ni un ápice de sus magras pertenencias emprendiendo acción alguna destinada a una posible mejora de su condición; de manera que, aunque poco podamos hacer con los ricos, salvo inspirarles temor, resulta también hartamente difícil darles esperanzas a los pobres. Por lo tanto, pues,

resulta cuando menos razonable que aquellos a los que intentamos involucrar en la gran lucha por una forma de vida mejor que la que ahora llevamos nos exijan que cuando menos les demos alguna idea acerca de cómo podría ser esa vida.

Es una petición razonable, pero difícil de satisfacer, ya que vivimos bajo un sistema que hace casi imposible todo esfuerzo consciente por la reconstrucción: por nuestra parte, no dejaría de ser razonable responder así: «Existen ciertos obstáculos manifiestos para el auténtico progreso del hombre; podemos decirnos cuáles son; eliminémoslos y entonces ya verán ustedes».

No obstante, me propongo como víctima para la satisfacción de aquellos que consideran que, tal como van ahora las cosas, al menos algo se ha obtenido y se sienten aterrados ante la idea de perderlo, no fuera a ser que se encontrasen peor que ahora y no tuviesen nada. Pero, en el transcurso de este empeño mío por demostrar cómo podríamos vivir, tendré que recurrir, en mayor o menor grado, a negaciones. Quiero decir que tendré que indicar en qué nos quedamos cortos en nuestra aspiración actual a una vida decente. Tendré que preguntar a los ricos y a las personas acomodadas qué clase de posición es la que se muestran tan ansiosos por mantener a toda costa y si, a fin de cuen-



tas, sería una pérdida tan terrible para ellos renunciar a ella; y tendré que indicar a los pobres que ellos, con la capacidad de vivir una vida digna y generosa, se encuentran en una posición que no pueden mantener sin degradarse cada vez más.

¿Cómo vivimos, pues, bajo el sistema actual? Detengámonos un poco en ello.

Ante todo, intenten comprender que nuestro actual sistema se basa en un estado de guerra perpetuo. ¿Piensa alguno de ustedes que así es como debe ser? Sé que se les ha dicho muchas veces que la competencia, actualmente norma de toda producción, es cosa buena y que estimula el progreso de la raza. Pero quienes les dicen eso debieran llamar a la competencia por su nombre abreviado, guerra, si quisieran ser sinceros, y entonces podrían ustedes considerar libremente si la guerra estimula o no el progreso de un modo distinto al de un toro rabioso que les persiguiera por su propio jardín. La guerra o la competencia, como prefieran llamarla, significa en el mejor de los casos la persecución de la propia ventaja a costa del perjuicio de otros, y en este proceso nadie puede tener la certeza de no destruir ni siquiera sus propias pertenencias, si no quiere ser quien salga peor parado de la contienda. Eso lo comprenden ustedes perfectamente cuando se